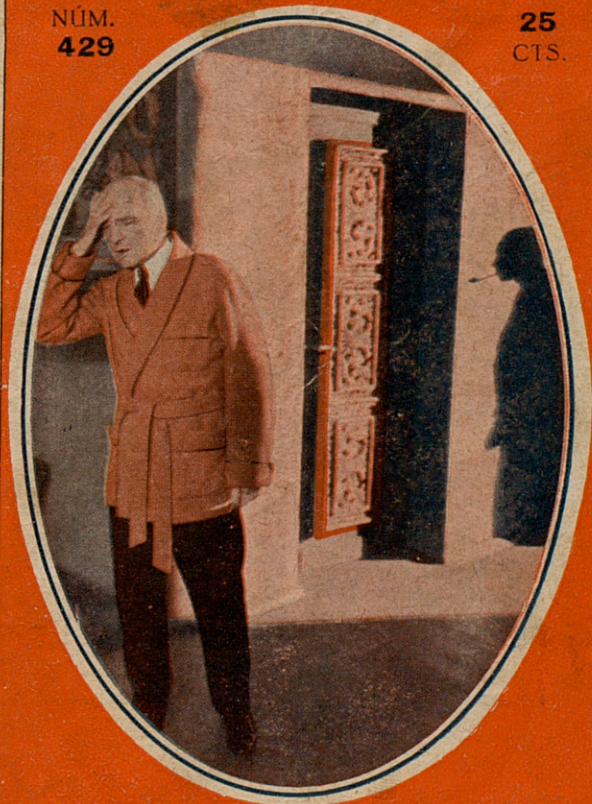


Biblioteca Films

El Misterio del Cuarto Amarillo

NÚM.
429

25
CTS.



Huguette Ex-Dufflos - Roland Touttain

LE MYSTERE DE LA CHAMBRE JAUNE

1930

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACÍA

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:
VALENCIA. 234 APARTADO 707 BARCELONA

DEPÓSITO GENERAL DE VENTA EN BARCELONA:
SOCIEDAD GRAL. ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
CALLE DE BARBARÁ, NÚMEROS 14 Y 16

APARECE LOS MARTES

AÑO VIII

NÚM 429

El misterio del cuarto amarillo

Adaptación en forma de novela de la comedia
sonora del mismo título, interpretada por

HUGUETTE EX-DUFFLOS

Novelada por A. NIETO GALAN

Producción OSSO

Exclusiva Atlántic Films

Aragón,

Barcelona

REPARTO

Matilde Simonges

Huguette Ex-Dufflos

Rodetabille.

Dejardins

Lasal

Tuffain

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

PRIMERA PARTE

Todo el París elegante estaba pendiente de los grandes descubrimientos del sabio profesor de química M. Simóges. La Ciencia se ocupaba del mismo modo del sabio profesor, y la prensa publicaba diariamente grandes artículos dando cuenta de los progresos que se realizaban en el laboratorio del sabio. El profesor Simoges era, en aquellos días, la figura máxima del mundo parisino, y sobre quien, puede decirse, que recaía la mirada entera de Francia y hasta del mundo.

El Gobierno francés no podía tampoco quedar apartado de aquella admiración que causaban los trabajos del sabio, y para recompensarle dignamente le otorgó el alto honor de concederle el ingreso en la Legión de Honor.

Celebrábase aquella tarde la entrega de las insignias y con tal motivo se había organizado una fiesta en la casa que poseía el profesor en París. En la puerta se apretujaban los redactores insistiendo en entrar a entrevistar

al profesor, mientras que los criados se afanaban por sostener aquella avalancha diciéndoles:

—Es imposible, señores. No se puede pasar. El profesor no gusta de exhibiciones.

—Pero yo soy M. Sinclair, el director del diario "La Epoca".

—Sea quien sea, nadie entrará—volvieron a decir los criados, sin darse cuenta que se había escabullido hacia el interior del salón un muchacho de unos diez y nueve años. Era un redactor de "La Epoca", y el reporter que traía locos a todos sus compañeros. Para el joven Rodetabille, que así se llamaba, no había empresa difícil, ni menos aun imposible. El esclarecimiento de un hecho era para él cosa tan importante como el aire para la vida. Huérfano de padres, nacido y educado en un colegio americano, vino a París, siguiendo las huellas del perfume de una dama, y sus reportajes sensacionales, le hicieron pronto aparecer como uno de los periodistas más atrevidos de París.

La interviú de aquel día con el sabio profesor tenía dos aspectos, a cual más interesante: uno, el de su ciencia, y el otro, el de saber si, en efecto, su hija Matilde se casaría a los dos días con Roberto Darzac, otra de las figuras del momento de París.

Provisto de su máquina fotográfica, se metió entre los criados y al fin logró llegar al

salón de fiesta. Allí sorprendió al profesor y le hizo una fotografía y luego repitió el juego con Matilde, la bella prometida de Darzac. Este, al ver que el muchacho los había fotografiado, se encaró con él diciéndole:

—¿Quién le ha dado a usted permiso para hacernos esa fotografía?

—Perdone, señor; pero cumplo solamente con mi deber de periodista.

—Un deber de meterse siempre en lo que no le importa, ¿verdad?—exclamó Darzac.

—Pero, al fin y al cabo, es un deber—respondió sonriendo Rodetabille—. Además—siguió diciendo—, para que mi misión estuviese del todo cumplida, necesitaría que la señorita Simoges me diese algunos detalles...

—Imposible—respondió secamente ella—. ¿Qué puedo decirle yo, que le interese?

El simpático Rodetabille fué a responderle, mas antes de que pudiera hacerlo, Darzac le dijo a su prometida:

—¿Quieres que bailemos?

—Con mucho gusto—respondió ella.

Al echar su brazo sobre el hombro de su prometido, Matilde dejó caer inconscientemente un chal de seda que cubría sus hombros, y Rodetabille, rápido y galante, fué a recogerlo. A penas lo tuvo en su poder apercibióse de que estaba impregnado del mismo perfume que el de la dama por él buscada, y cuando fué a devolverlo vió que Matilde y su

prometido se habían encerrado en una habitación. Se ocultó tras la puerta para oír lo que decían y escuchó a Matilde diciendo:

—¡Te digo que en estas circunstancias es imposible nuestra boda!

—No seas niña, Matilde—le dijo él—. Ese hombre murió. La policía vió su cadáver y nada puedes temer ya de él.

—Estás equivocado, Roberto—siguió diciéndole ella—. Mira la carta que he recibido hoy. Sacó un trocito de papel y leyó su contenido que decía:

—“Te envió estas gardenias. Todavía continúa el perfume del oratorio.”

Roberto Darzac bajó la vista, como anonadado por aquella prueba y replicó:

—¿Y cómo ha podido ese hombre entrar hasta tu habitación?

—Es algo extraordinario. Indudablemente tiene cómplices en todas partes, y hasta he llegado a dudar de todos cuantos me rodean...

—¿También de mí?—preguntó Darzac nerviosamente.

Matilde no tuvo tiempo de contestar, porque oyó acercarse a alguien y salieron los dos de la habitación. Rodetabille fingió que entraba en aquel instante, y acercándose a Matilde, le dijo, a la vez que le ofrecía el chal:

—¿Es de usted este chal, señorita?

—Muchas gracias—respondió ella—. No me había dado cuenta de su pérdida.

—La he estado esperando solamente para esto—le dijo Rodetabille—y para saber si se marchan hoy al castillo.

—Desde luego—respondió Matilde, atraída por la simpatía del joven—. Papá tiene que hacer mucho, y yo, que soy su ayudante en todo, no puedo abandonarle.

Sin darle más importancia a la conversación, se alejó con su prometido, en el mismo momento que todos los periodistas habían logrado entrar en el salón y rodeaban al muchacho, preguntándole:

—¿Has conseguido saber algo?... ¿Qué te han dicho?... ¿Se casa, por fin, la señorita Simoges?

—Es a lo único que os puedo responder—exclamó Rodetabille—. Podéis asegurar que no se casa...

—¿Y en qué basas tu afirmación?—le volvieron a preguntar.

—Eso es una cosa, que si os la dijera, sabrías tanto como yo...—exclamó alegremente el muchacho—. Solamente puedo deciros que os preparéis, para ver cosas muy sensacionales.

Se separó de sus compañeros, y acercándose a su director, le dijo:

—M. Sinclair, he vuelto a encontrar otra vez el perfume y... a la dama.

—¿Quién es ella?—preguntó el director,

—Todavía no es tiempo de que os lo diga. Esperad, se trata solamente de unos días y podremos publicar en "La Epoca" el reportaje más sensacional que se ha visto.

Y agarrándose del brazo de su director, lo hizo salir de la casa del profesor, sin explicarle nada más.

BIBLIOTECA FILMS E FILMS DE AMOR

Son las mejores novelas
cinematográficas

SEGUNDA PARTE

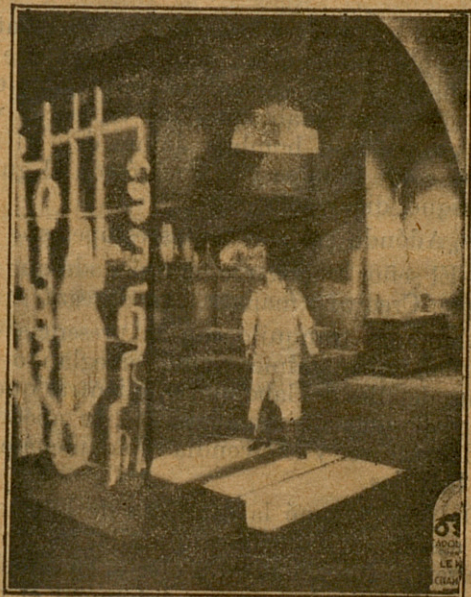
Soplaba el viento violentamente contra los cristales del castillo, que en medio del campo y cerca de París tenía el profesor Simonges. En el silencio de aquel viejo caserón, el sabio iba escribiendo día por día toda la Ciencia que su constancia y talento sabían descubrir, ayudado siempre por su bella hija Matilde.

Con la llegada de la noche, el viento se hizo más fuerte y la lluvia y los truenos arreciaron con más fuerza, como si todos los elementos se hubiesen puesto de acuerdo para sembrar el espanto y el terror.

El lúgubre maullido de un gato hizo estremecer a Jaime, el criado del castillo, quien apoderándose de un revólver pretendió averiguar de donde partían los maullidos. Por fin vió al gato y lo espantó, al mismo tiempo que decía:

—¡Maldito gato!... ¡Vaya susto que me ha dado!

Pero nuevos maullidos, más tenebrosos, más



Una figura se dibujó en la puerta.

solemnes, pudiéramos decir, irrumpieron el espacio, con intervalos señalados, mientras que eran contestados por otros que producían en el ánimo del pobre Jaime escalofríos de terror. Una figura se dibujó en la puerta de cristales, agigantada por la luz del interior, y Jaime se echó a temblar como un azogado,

Empuñó el revólver para defenderse contra el que pretendía entrar, y al rato vió que el personaje que le infundiera terror, no era otro sino el guardabosque, que venía con varias escopetas al hombro. Jaime dejó el revólver sobre la mesa y se encaró con el guardabosque, diciéndole:

—¿Adónde vas con tantas escopetas?

—El señor Darzac me ha ordenado que las limpie. Creo que mañana van de caza.

Algo más tranquilo con la presencia del guardabosque, Jaime siguió arreglando algunos detalles del laboratorio, mientras que el guardabosque, disimuladamente, se apoderaba del revólver y lo escondía rápidamente en sus bolsillos.

De pronto, sonó la campana de la puerta del castillo, y Jaime corrió a ella, seguro de que serían sus señores. En efecto, en aquellos momentos llegaban en un automóvil el profesor y su hija.

—Pero, ¿por qué ese empeño en que veníamos esta noche aquí?—le dijo el profesor a su hija, a la vez que entraban.

—Tengo algo muy urgente que hacer y quiero acabarlo en seguida—respondió su hija.

—¿Quieres que yo te ayude?—le preguntó el profesor.

—No, gracias—le dijo Matilde—. Me que-

daré a dormir en el cuarto amarillo y allí terminaré el trabajo.

—Como tú quieras—le dijo el profesor.

Mientras ellos hablaban, la doncella hizo una seña al guardabosque y éste afirmó con la cabeza. Se acercó a él y tomó el revólver que había quitado a Jaime, entrando inmediatamente al cuarto amarillo para preparar el lecho a su ama. Cuando hubo terminado, dejó sobre el lecho el revólver que le entregara el guardabosque y salió para decirle a su ama:

—¿Me necesita la señorita?

—No, gracias—respondió Matilde—. Adiós, papá.

Lo besó cariñosamente y entró al cuarto, cerrándolo por dentro.

Sobre el tocador vió en seguida un ramo de gardenias y palideció intensamente. Apenas si tenía valor para acercarse a ellas, mientras que su mirada permanecía sobre las flores, como hechizada por un poder extraordinario.

Debido a esto, no vió que de debajo de la cama salía la mano de un hombre y que se apoderaba del revólver que la doncella había dejado allí, pero al volverse, fué cuando se dió cuenta de que en la habitación había un enmascarado.

Gritó, pidiendo auxilio y a sus gritos corrieron, minutos después, su padre, Jaime,

el guardabosque y la doncella. Intentaron abrir la puerta, pero ésta estaba cerrada y fué necesaria la intervención de cuantos hombres había en el castillo, para poder echar abajo la puerta. Cuando entraron, hallaron a Matilde en el suelo sin conocimiento.

—¡El asesino no ha podido salir de aquí!— exclamó el profesor.

Miraron la única ventana que había en el cuarto y ésta se hallaba cerrada por dentro.

—Por aquí tampoco ha huído—exclamó uno de los sirvientes—. Miremos debajo de la cama. Igual resultado fué el obtenido en esta segunda operación.

Y mientras que la doncella y el padre de Matilde se cuidaban de ella, para hacerla volver en sí, uno de los sirvientes se fijó en el suelo y exclamó:

—Aquí hay huellas del criminal. Miren estas pisadas. Calzaba zuecos y se pierden en la puerta. ¡Ah!—siguió diciendo—. ¡Aquí hay un revólver!

—¡El mío!—exclamó Jaime—. Y estas pisadas están hechas por mis zuecos.

Todos los presentes se quedaron mirando al criado, quien sin poder contener su nerviosidad, exclamó:

—¿Acaso sospechan de mí? ¡Yo les juro que soy inocente!

—Las pruebas no pueden ser más acu-

satorias—replicó el guardabosque—. Mañana lo veremos.

Al día siguiente, el hecho sucedido en el castillo del profesor Simoges se propaló rápidamente por París, y acudieron al castillo una infinidad de reporters, entre los que se hallaban M. Sinclair y el travieso Rodetabille. Varios agentes de policía guardaban la entrada del castillo impidiendo a todo el mundo el acceso a él.

Entre los periodistas se hacían mil comentarios y se decía que el famoso detective Lasal había sido llamado, para aclarar el misterio del cuarto amarillo.

Y mientras ellos discutían con los agentes para que les dejaran entrar, en el interior, Matilde permanecía en el lecho, abatida por los acontecimientos de la noche anterior.

Darzac también había llegado, sin que nadie le esperase y le preguntó a su futuro suegro:

—¿Cómo sigue Matilde?

—Muy delicada — le respondió el profesor—. Cualquier sobresalto puede serle perjudicial. ¿Quiere verla?

—No—respondió Darzac—. Esperemos a que descanse bien. Yo no me moveré del castillo hasta que esté completamente restablecida. ¿Han avisado al detective Lasal?

—Sí—respondió el profesor—. ¿Cómo lo sabe?

—Me lo ha dicho el guardabosque—respondió Darzac, sin concederle importancia.

En la puerta seguía el barullo de los policías, hasta que la bocina de un auto los hizo apartarse, al mismo tiempo que exclamaban:

—Lasal. ¡El detective Lasal!

Se separaron para dejarle paso, pero Rodetabille, dando una vez más prueba de su agilidad, se agarró a la trasera del coche y así entró al interior del palacio sin ser visto por los agentes. Una vez allí, procuró pasar desapercibido y se dedicó a investigar por su cuenta. Salió al jardín y siguiendo las huellas de unos zuecos que vió, llegó hasta una especie de riachuelo. Allí encontró los zuecos, unos zapatos pertenecientes a Darzac y un reloj de éste.

—¡Ya tenemos aquí un indicio para descubrir al asesino!—se dijo mentalmente, a la vez sentía que una mano le tocaba un hombro, se volvió rápidamente ocultando lo que había encontrado y vió a Lasal y al profesor. Aquél le preguntó agriamente:

—¿Qué hace usted aquí, joven?

—Pues ya lo ve usted, viendo a ver si aclaro algo del misterio del cuarto amarillo.

—¿Le gustan a usted los misterios?—le preguntó irónicamente el detective.

—Me gusta saber siempre la verdad—respondió Rodetabille.

—Pues a veces suele ser algo peligroso. ¿No lo cree usted así?

—Hasta ahora—replicó irónicamente Rodetabille—no he encontrado nada peligroso.

—Pues tenga cuidado con lo que hace, joven—terminó diciéndole Lasal, al mismo tiempo que echaba a andar, seguido del profesor.

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

YA ESTÁ A LA VENTA

EL TENIENTE SEDUCTOR

por Mauricio Chevalier

104 PÁGINAS DE TEXTO
UNA PESETA

TERCERA PARTE

Habíase constituido en el castillo el juez y su secretario para tomar declaración a los criados, ya que todos los indicios parecían acusar a Jaime como el autor del atentado de la noche anterior. Las declaraciones de todos ellos coincidían acusando al pobre Jaime, si bien la acusación que más fuerza tenía era la del guardabosque, al reconocer aquel revólver como el que usaba el criado.

El detective Lasal oía tranquilamente todas estas declaraciones, hasta que de pronto un criado entró con un paquete, diciendo:

—Esto han traído para el señor Lasal.

Todos se apresuraron a abrir el paquete y en el interior encontraron los zapatos y el reloj de Darzac.

—¿Cómo puede usted explicar que estos objetos hayan sido encontrados en el lugar donde terminan las huellas de los zuecos, señor Darzac?—le preguntó el detective.

El prometido de Matilde, dando muestras de un gran nerviosismo, respondió:

—No encuentro explicación a ello; sin duda deben habérmelos robado, para colocarlos intencionadamente allí.

—¿Y puede usted decirnos, por qué se ha aplazado su boda con la señorita Matilde?—insistió preguntándole el detective.

—Es un asunto que no puedo decirlo—respondió el prometido de la señorita Simonges.

—Sin embargo—volvió a decirle el detective—, a la justicia no se le debe ocultar nada que pueda servir para el esclarecimiento de un hecho.

—Pero se le debe ocultar lo que solamente es un secreto de dos personas.

El detective se le quedó un instante mirando, y al fin respondió:

—Lo siento mucho, señor Darzac, pero me veo obligado a recomendarle que no salga del castillo sin orden mía.

—Será cumplido su deseo, señor Lasal—exclamó molesto el prometido de Matilde.

Cuando quedó terminado el interrogatorio, Darzac fué a buscar a su futuro suegro y le dijo:

—¿Qué le ha parecido a usted la sospecha de Lasal?

—Yo no sé nada, hijo mío—exclamó el padre de Matilde—. De poco tiempo a esta parte ocurren cosas tan extraordinarias, que no encuentro explicación a ninguna de ellas.

En aquel instante cruzó el salón el joven reporter y Darzac, al verlo, le preguntó:

—¿Qué hace usted aquí? ¿Quién le ha dado permiso para entrar?

—Yo mismo — respondió Rodetabille—. Quiero contribuir a esclarecer el misterio del cuarto amarillo.

—¡Lo mejor que puede usted hacer es salir inmediatamente!— le dijo autoritariamente Darzac.

—Es que yo quisiera...

—¡Basta!— le interrumpió Darzac—. ¡Le prohibo a usted meterse en donde no le importa! ¡Váyase inmediatamente!

Y para que la orden fuera cumplida, él mismo se prestó a acompañarlo. Ya estaban cerca de la puerta, cuando Rodetabille se paró de pronto y le dijo:

—Todavía continúa el perfume del oratorio.

Al oír aquellas frases, Darzac se paró y le dijo extrañado:

—¿Cómo sabe usted eso?

—No es ahora el momento de explicárselo, señor Darzac. Sepa únicamente que la señorita Matilde corre peligro y yo estoy aquí para ayudarle. Déjeme y no le pesará.

Darzac dudó un momento, mas al fin pareció acceder al deseo del joven y terminó diciéndole:

—Puede usted quedarse en el castillo.

Al mismo tiempo aparecía el detective, y acercándose a Darzac, le dijo:

—Queda usted detenido y tendrá que responder ante los Tribunales del crimen que se le supone.

—¡Eso no es posible!— exclamó indignado Darzac.

Mas el detective, sin hacer caso de las protestas del prometido de Matilde, le dijo al periodista:

—¿Me hace el favor de avisar a dos agentes, para que vengan a llevarse al señor Darzac?

—Inmediatamente — contestó el joven—. Saltó por la barandilla de la escalera y cayó al salón del piso de abajo, donde estaba Jaime, a quien le dijo:

—Ves a llamar a dos agentes, y además, avisa a un señor que se llama Sinclair.

Corrió el criado a cumplir la orden, mientras que Rodetabille se llevaba a una habitación apartada al director de "La Epoca", diciéndole:

—Me parece que estamos sobre el hecho.

—¿Qué quieres decir?— preguntó Sinclair.

—Pues, sencillamente, que esta noche descubriremos al criminal.

—Yo, la verdad— respondió medrosamente el director—, no tengo un gran empeño. Si quieres, lo dejamos.

—Nada de eso. Estoy seguro de que el cri-

minal volverá esta noche y esa será ocasión para que lo detengamos.

—Bueno. ¿Y qué papel pinto yo aquí?

—Pues el de ayudarme.

—¿Y por qué no se lo propones al padre de la muchacha?

Rodetabille se echó a reír y al fin le respondió:

—Ya sabe usted que ando buscando a la dama del perfume, y, además, que el padre de la señorita Simonges no sería capaz de ayudarme, como yo deseo.

—Bueno, bueno, haré lo que tú digas—terminó diciendo Sinclair.

Durante todo el resto de la tarde, Rodetabille se dedicó a inspeccionar por su cuenta las habitaciones del castillo, sin que nada encontrase que pudiera llamar su atención, y solamente, cuando llegó la noche, se atrevió a entrar en el cuarto amarillo, donde todavía estaba Matilde. Esta, al verlo, le preguntó extrañada:

—¿Qué hace usted aquí? ¿Para qué ha venido?

—He venido a protegerla—respondió él—. ¿Sabe usted que han detenido al señor Darzac?

Matilde se levantó del lecho exclamando:

—¿Es inocente! ¡El es inocente, puedo jurarlo!

—Eso es lo que tenemos que demostrar—



—Prefiero vino blanco.

le dijo Rodetabille—. Yo estaré aquí esta noche oculto por si viene el asesino.

—¡No!—exclamó aterrada Matilde—. ¡Usted, no! ¡Si es verdad que le merezco algún aprecio, déjeme sola esta noche! ¡Se lo suplico!... ¡Se lo pido por lo que más quiera!

—Está bien—terminó diciendo Rodetabille—. La dejaré sola.

Momentos después, el profesor cenaba en la misma alcoba de su hija y le preguntaba a ésta:

—¿Cómo te encuentras?

—Ya estoy bien, papá—le respondió dulcemente la muchacha—. Puedes acostarte.

—Pienso trabajar todavía un poco—respondió el profesor—. Y llamando a la doncella le dijo:

—Sírname un poco de vino.

La doncella abrió un armario y sacó una botella de vino tinto, sirvió un vaso al profesor y éste al poco de beberlo, exclamó:

—No, no voy a trabajar. Siento una gran pesadez en la cabeza y un sueño irresistible. Me iré a dormir.

Salió del cuarto de su hija, sin apercibirse que Rodetabille vigilaba la puerta. Este advirtió los síntomas del profesor, y en cuanto hubo desaparecido miró por la cerradura hacia el interior del cuarto amarillo. Sobre la mesa vió el resto del vino que había bebido el padre de Matilde y se dijo:

—Ese vino tinto, tenía un narcótico. No lo beberé.

Eran cerca de las once, cuando Rodetabille entró al comedor, donde Sinclair y el detective estaban cenando.

—Lo hemos esperado a usted, joven—le dijo el detective.

—Han hecho mal—respondió Rodetabille—. Yo nunca tengo hora exacta para comer.

El detective tomó una botella de vino tin-



Con el narcótico adquirió un gesto trágico.

to y fué a servirle, al mismo tiempo que Rodetabille lo detenía, diciéndole:

—No, gracias.

—¿Es usted abstemio, como su director?

—Yo no, pero prefiero el vino blanco.

El detective tomó otra botella de aquel vino y lo sirvió a Rodetabille.

Bebieron todos. El detective vino tinto, Rodetabille el blanco y Sinclair un vaso de agua.

—Al cabo de unos minutos, el detective se levantó rápidamente, exclamando:

—Este vino tiene un narcótico. Siento unos deseos irresistibles de dormir.

Su cara adquirió un gesto trágico y Sinclair y Rodetabille se apresuraron a prestarle ayuda. Entre los dos lo dejaron acostado en un diván y el muchacho, llevándose de allí a su director, le dijo:

—Ha llegado el momento de que empecemos a actuar.

—¿Nosotros?

—Sí, el criminal vendrá a las doce de la noche. Yo me voy a aquel cuarto a vigilar, y usted, entretanto, se queda tras esta cortina. Si ve algo alarmante levanta la cortina y la luz dará sobre aquella estatua. Yo vendré inmediatamente en su auxilio. Le puso un revólver en la mano y quedamente le obligó a que se escondiera detrás de las cortinas, mientras que él se iba a la habitación contigua a la del cuarto amarillo.

Inmediatamente volvieron a repetirse los maullidos de la noche anterior. En la habitación que ocupaba la doncella se encendió una luz y la figura de aquélla apareció en la ventana. Miró hacia el exterior, y al ver que era el guardabosque, levantó tres veces la cortina, como si fuera una señal convenida.

Cesaron inmediatamente los ruidos, al mismo tiempo que Sinclair veía correr por el



—He visto deslizarse una sombra...

pasillo un bulto. Hizo varias veces la señal, sin que nadie viniera en su auxilio, y asustado corrió al cuarto donde estaba Rodetabille. Encontró a éste profundamente dormido y le echó un vaso de agua para despertarlo.

—También estaba preparado el vino blanco—exclamó Rodetabille.

—He visto deslizarse una sombra hacia el cuarto amarillo—le dijo Sinclair.

Rodetabille no quiso escuchar más. Salió corriendo al jardín, se encaramó sobre la tapia y subió hasta la ventana del cuarto, que aparecía herméticamente cerrada. Allí vió que un hombre, vuelto de espaldas se adelantaba hacia Matilde, mientras que ésta, loca de terror, gritaba pidiendo auxilio. A los primeros gritos el enmascarado huyó por la puerta y Rodetabille se lanzó en su persecución.

Corrían todos en ayuda de la joven, pero Rodetabille solamente iba detrás del enmascarado, hasta que al volver un resquicio del pasillo se dió de cara con el detective, que venía en sentido contrario. Forcejearon un instante los dos, hasta que el detective le dijo:

—¿Dónde va usted corriendo?

—Detrás del asesino—respondió Rodetabille.

—Mírelo—exclamó el detective, al ver que salía un hombre cubierto con una amplia capa.

Rodetabille, sin fijarse si le seguía el detective o no, corrió hacia el mismo lugar, llamando con sus gritos a Jaime y a Sinclair. Llegaron a la puerta y el hombre desconocido seguía corriendo por el jardín, hasta meterse por unos matorrales. Antes que perderlo, Rodetabille disparó varias veces y, por

fin, el desconocido cayó a tierra mortalmente herido.

Corrieron a recogerlo y lo llevaron al castillo. Entonces se asomó la doncella, y al ver al muerto, gritó desesperada:

—¿Por qué lo han matado? ¿Qué daño ha hecho a nadie? ¡Es el guardabosque!

—¿Y por qué salía de aquí como un ladrón?—preguntó el detective.

—Porque era mi amante y venía a verme todas las noches, sin que nadie lo supiera.

Los demás empezaron a reconocer las heridas del guardabosque y Rodetabille exclamó extrañado:

—¿Cómo se comprende? Este hombre no ha sido muerto por nuestros disparos. ¡Tiene un cuchillo de caza atravesándole el corazón!

Todos se abalanzaron a ver el cuchillo y Jaime exclamó:

—¡Este cuchillo es el del señor Darzac!

—Pero Darzac está preso—respondió el detective—. No puede ser él el asesino.

En aquel instante llamaron por teléfono y Rodetabille se puso al aparato.

—¿Es el castillo de Simoges?—preguntó una voz.

—Sí, aquí es—respondió de pronto.

—Se ha fugado Darzac.

—¿Que se ha fugado Darzac?—preguntó estupefacto,

—¿Qué ocurre?—preguntó el detective.

—Que Darzac se ha fugado cuando era conducido por los agentes—le respondió Rodetabille.

—Entonces—terminó diciendo el detective—, el misterio del cuarto amarillo, empieza ya a dejar de serlo.

CUARTA PARTE

Darzac había sido detenido nuevamente, había sido acusado de intento de asesinato a la señorita Simonges y del asesinato del guardabosque. La vista de la causa había despertado un interés extraordinario y todos los indicios parecían confirmar la impresión del público, de que Darzac sería condenado a muerte. Las declaraciones de éste declarándose culpable fué lo que más expectación causó, y después de varios meses se esperaba con impaciencia el fallo del Jurado.

Matilde había sido llamada a declarar y aquel mismo día recibió un cablegrama de América que decía:

—“Pase lo que pase, no hable. Tengo ya las pruebas del verdadero asesino. Llegaré en el momento oportuno.—*Rodetabille.*”

Entró a declarar Matilde horas después y oyó al detective que acusaba a su prometido. Lo miró rencorosamente y en las miradas que se cruzaron ambos, se advertía el odio que le causaba aquel hombre a la muchacha.

—Mis observaciones han sido esas—decía el detective—. Sin duda, Darzac, exasperado por la negativa de la señorita Simonges, fué al castillo para obligarla. Ella se negaría nuevamente, sospechando algo anormal en la vida de este hombre y por eso intentó matarla. Al salir se vería descubierto por el guardabosque, y lo asesinó para que no le descubriese. Lo único que resta es el motivo por el cual la señorita Matilde se negó al casamiento concertado:

—Hable usted, señorita—le dijo el presidente—, y piense que su declaración es lo único que puede salvar la vida del acusado.

Matilde se levantó para decir la verdad, mas en aquel instante se oyó la voz de Rodetabille, que saltando por los bancos, se adelantó hasta el Tribunal diciendo:

—Yo les diré a ustedes toda la verdad y quien es el culpable.

El Presidente del Tribunal se le quedó mirando y al reconocerle le dijo:

—¡Le advierto que si intenta usted bromear, como desde el periódico, lo meto en la cárcel!

—Aceptado—respondió Rodetabille—. Pe-

ro antes voy a decirles a ustedes quién es el asesino. Por lo pronto, sepan que el señor Darzac es inocente.

—¿Qué pruebas tiene usted?—preguntó el Presidente.

—Las pruebas están aquí—y señaló una cartera que tenía bajo el brazo—, pero voy a referirles cómo se cometió el atentado, desde la primera noche.

La señorita Simonges se negó a casarse con el señor Darzac porque el mismo día había recibido una misteriosa carta y un ramo de gardenias. Aquella carta y las flores venían a descubrirle que no había muerto un hombre a quien todos nosotros creemos desaparecido del mundo de los vivos. La señorita Simonges, por algo que todavía no diré, fué al castillo y se encerró en el cuarto llamado amarillo. Antes había hecho que su doncella pidiera a su amante, el guardabosque, una pistola. Este se la quitó a Jaime y la entregó a la doncella, quien la dejó sobre la cama de su ama, para que pudiera servirse de ella, ya que la señorita Simonges estaba decidida a terminar de una vez con el hombre que constantemente la tenía amenazada. Pero cuando ella entró en su cuarto, el asesino se hallaba oculto y pudo apoderarse de la pistola, esto ya no sé cómo. La señorita Matilde se encontró indefensa en poder de aquel hombre, gritó, y a sus gritos el asesino, temiendo ser des-

cubierto, huyó de allí. La señorita Matilde quiso salir a gritar, pero le faltaron las fuerzas, se agarró a la puerta y cayó al suelo, cerrando inconscientemente el pestillo.

—¿Y quién es el asesino?—preguntó el Presidente.

—El asesino es un famoso bandido, que amparándose en su semejanza con cierto detective, se hace pasar por él, después de haber dado muerte al otro. ¡Hay le tenéis! ¡Es Lassel! ¡Aquí tengo las pruebas adquiridas en América!

Todos se volvieron hacia el detective, pero éste en aquel instante acababa de introducirse unas pastillas en la boca y se levantó diciendo:

—¡Es verdad! ¡Yo soy el asesino, pero ya nada lograréis, porque acabo de matarme! ¡He sido vencido, pero no me entrego!

Dió un gemido y cayó pesadamente al suelo. El veneno había surtido su efecto y el asesino quedaba muerto.

Darzac corrió al encuentro de Matilde, y juntos fueron a dar las gracias a Rodetabille.

—Nunca olvidaré lo que ha hecho por mí!—le dijo Matilde, ofreciéndole su mano.

El muchacho fué a besarla, pero ella se quitó el guante, dejándola al descubierto.

Se alejó ella, y Sinclair, que había acudido a la vista, le preguntó:

—¿Pero cuál es el misterio de esta mujer?

—Sencillamente, que cuando era casi una niña, estuvo en América. Allí conoció a un individuo, que es Lasal, y se casó secretamente con él. Nació un niño, pero al enterarse Matilde del sujeto que era su esposo, huyó a Europa con su padre, que no sabe nada de esta historia. Luego, cuando cundió la noticia de la muerte de Lasal, se creyó con derecho a reanudar su vida y consintió en casarse con Darzac, no sin haberle declarado antes todo su pasado. Días antes de la boda, apareció nuevamente su antiguo marido, y ante el escándalo que podría ocasionar su conducta, ella se negó a casarse.

—¿Y el hijo de ella?

—Eso ya lo descubriremos—respondió Rodetabille—. Todavía tendremos ocasión de ver cosas muy interesantes. Por ahora solamente me interesa descifrar un enigma.

—¿Cuál?—preguntó el director.

—EL PERFUME DE LA DAMA ENLUTADA, que me trajo desde América, para conocerla.

FIN

En nuestro próximo número narraremos las extraordinarias aventuras de la película EL PERFUME DE LA DAMA ENLUTADA.

**Las grandes creaciones de
Imperio Argentina
y
Mauricio Chevalier**

solamente las encontrará en **BIBLIOTECA FILMS**

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
104 Páginas de texto-UNA peseta

SU NOCHE DE BODAS I. Argentina
LO MEJOR ES REIR *
EL DESFILE DEL AMOR M. Chevalier

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
64 Páginas - 50 Céntimos

EL AMOR SOLFANDO I. Argentina

EDICIONES FILMS DE AMOR
64 Páginas - 50 Céntimos

CINÓPOLIS I. Argentina

FILMS DE AMOR
32 Páginas - 25 Céntimos

LA CANCIÓN DE PARIS M. Chevalier

Ya está a la venta el mayor éxito del año.

EL TENIENTE SEDUCTOR
creación de *M. Chevalier y C. Colbert*
producción del mago E. LUBITSCH

Biblioteca Films - Apartado 707-Barcelona